una suerte de lealtad hacia el pasado y en otras por una imprecisa mala conciencia.

Las leyes de la frontera recuerda en algunos momentos a Conrad y en otros a Juan Marsé y Mario Vargas Llosa. Como otros libros de Cercas, tiene también un aire de *western*, con esos congelados de imagen –el final de *Soldados de Salamina*, la escena nuclear de *Anatomía de un instante*– a medio camino entre las películas de Sam Peckinpah y el final de "El sur" de Jorge Luis Borges. La segunda parte no siempre tiene la misma fuerza evocativa y precisión que la primera: hay momentos excelentes, como la noche en la que Gargallo retrasa su regreso a la prisión, y elementos algo deslavazados, como el personaje de María Vela, la mujer que se enamora del Zarco y se convierte en una estrella mediática; el dolor de Cañas por el abandono de Tere resulta más convincente que su idilio o algunos fragmentos teóricos. Pero Javier Cercas ha construido una novela poderosa: una obra de ficción rica y compleja que articula una reflexión sobre la historia, la sociología, el peso del pasado y de las elecciones individuales en torno a un puñado de personajes difíciles de olvidar. –

CORRESPONDENCIA

Thoreau: cartas desde la montaña

Henry David Thoreau
CARTAS A UN BUSCADOR DE SÍ MISMO
Traducción de Antonio García Maldonado, Madrid, Errata Naturae, 2012, 168 pp.

JUAN MALPARTIDA

Henry David Thoreau (Concord, Massachussets, 1817-1862) fue un solitario que nunca se sintió solo porque siempre estuvo acompañado: "Tengo mucha compañía en mi casa, en especial por las mañanas, cuando nadie me visita", escribió. Los testimonios de quienes lo conocieron coinciden en hablar de su rectitud y su amor a la soledad. Fue un verdadero contemplador de la naturaleza, por un lado, pero también un artífice, alguien que elabora la materia, comenzando por la producción (de origen familiar) de lápices. Quiso conocerse a sí mismo, sin duda, pero ese sí mismo está siempre contextualizado. No es una mónada sino una relación. Pensó en una educación de los ciudadanos, de la polis, pero solo para propugnar una educación y un conocimiento del individuo, una apuesta por él. Aquí, en la obra de Thoreau, hay una tensión contradictoria que, en sus mejores momentos, coincide con un problema real: la tensión entre lo individual y lo colectivo. Thoreau defendió la "desobediencia civil" en relación con el Estado. Las características políticas de su tiempo sin duda influyeron decisivamente en su reflexión, por ejemplo: la existencia de la esclavitud, contra la que luchó. Thoreau no recurre a los hombres, como Emerson, del que fue deudor y algo opositor, sino a un sí mismo cuya sociedad es el mundo natural, que, sin embargo, como constata, guarda silencio.

El biólogo y naturalista Edward O. Wilson ha escrito que la conciencia no estaba diseñada para el examen de sí misma sino para la supervivencia y la reproducción. De ser cierto, la conciencia autoexaminadora es una adaptación cultural que a su vez ha modificado la naturaleza (humana). Buscarse (conocerse) a sí mismo es una tarea difícil, pero es el mandato délfico que filósofos y cualquiera que trate de tener una vida digna no puede eludir. Para este buscador de sí mismo lo más íntimo es lo más lejano, y por lo tanto todo lo importante colinda con lo inacabado e insondable, de ahí, quizás, su misticismo, y su búsqueda de una actitud adecuada, de situación expectante. Misticismo, sí, pero al mismo tiempo se da en él una actitud intelectual, una conciencia desdoblada que se observa en la observación.

Cartas a un buscador de sí mismo es la correspondencia de Thoreau con un maestro de la zona, Harrison Blake, quien le había escrito expresándole su admiración y su deseo de aprender. Thoreau le escribió desde marzo de 1848 hasta el final de su vida. Se conocieron, se internaron en los bosques y montañas de Concord, y siguieron carteándose. Lo primero que le dice Thoreau es que "haga lo que ame", que es una forma de estar por encima de la moral porque es el amor el que informa de los contenidos. De hecho, eso es lo que le dice: "No sea demasiado moral [...] No sea *simplemente* bueno, sea bueno por algo." El otro aspecto de su enseñanza: actúe pero sepa que está solo en el mundo. La experiencia personal es irrenunciable en una vida auténtica y de conocimiento. A diferencia de otros solitarios, Thoreau no sufre de soledad; "el lugar del sufrimiento lo ocupa, tal vez, una suerte de dura y proporcionalmente estéril indiferencia". Una paciencia en realidad no estéril, porque, como Goethe, siempre sacó de ella algún poema, algún pensamiento. Lector de los hindúes y budistas, pensaba que, de alguna manera, en ocasiones él era realmente un yogui. La verdad es que no fue un hombre sentimental, sensible a las vicisitudes cotidianas y los afectos. Cuando fue a recoger los restos de su amiga, la también trascendentalista Margaret Fuller (no se encontró su cadáver ni el libro inédito que portaba), ahogada en un naufragio junto con su marido y su hijo, no parecía nada conmovido, y de hecho le confesó que los "asuntos cotidianos [...], todo eso que generalmente denominamos vida y muerte, me afectan menos que mis sueños". Thoreau es magnífico en su observación de la experiencia en la naturaleza, pero no fue un psicólogo ni su comunidad fue la de los hombres. Sin embargo, supo valorar a Whitman, al que conoció en 1856, aunque le molestó la sensualidad de algunos de sus poemas: le pareció que el amor descendía al erotismo en

056-065-Libros España.indd 63 20/11/12 23:29

vez de elevarse a la pureza. Blake le preguntó en una ocasión lo que pensaba sobre el amor y el matrimonio. Sus respuestas son interesantes, pero sobre todo para conocerlo a él. El más profundo de los secretos no se puede revelar ni a la persona amada, porque al divulgarlo se disipa. Hay que conocerlo por afinidad. Relaciona el amor con la pureza, de ahí que pueda hablar de castidad en relación con el matrimonio, porque "es la virtud propia de los esposos". Thoreau supone que no se habla de sexualidad y que las parejas no lo hacen (ay, si hubiera leído las correspondencias francesas de los siglos XVIII y XIX...). Thoreau en este sentido fue un puritano cuya filosofía amorosa se apoya en la escala ascendente platónica. Por lo demás, no estuvo casado ni se le conoció pareja. Todo esto es muy poco interesante en su obra.

Lector de Platón y de los místicos hindúes, Thoreau al parecer creyó en la reencarnación ("Las mismas estrellas que me miraban cuando era un pastor en Asiria"). Su relación con el Dios cristiano es atípica. No recurrió a él a la hora de su muerte, porque de hecho su Dios es inmanente a la naturaleza (Spinoza). En cuanto a la moral es, como Emerson, kantiano, y apela a la conciencia, a la acción derivada de aquello que creo mi deber: "Hay un vecino más cercano dentro de cada uno de nosotros que constantemente nos dice cómo deberíamos comportarnos." Lo que se nos señala desde fuera es erróneo, incluso si coincide con nosotros, porque no forma parte de nuestra experiencia intelectual o moral. En muchos sentidos fue un poeta, un hombre que hizo de su vida –lo afirma– un poema que no podía pronunciar. "Mantengo una montaña anclada un poco hacia el Este, y la escalo en sueños, tanto dormido como despierto", le cuenta a Blake. "Prefiero cabalgar sobre esta montaña antes que sobre cualquier caballo." Thoreau fue un caminante y un solitario que apuntó hacia lo más alto, aunque a riesgo de perder de vista muchas cosas importantes. No importa: lo que vio, sintió y pensó es insustituible. –

ENSAYO

Marcel Proust en un campo soviético

Józef Czapski
PROUST CONTRA LA DECADENCIA. CONFERENCIAS EN EL CAMPO DE GRIAZOWIETZ
Traducción de Mauro Armiño, Madrid, Siruela, 2012, 128 pp.

ANTONIO JOSÉ PONTE

Durante el invierno de 1940-1941, el capitán de caballería Józef Czapski, prisionero en el campo de Griazovets (escrito a la polaca, Griazowietz), dictó a sus compañeros estas conferencias sobre Marcel Proust que acaban de aparecer en español. Después del pacto firmado entre Hitler y Stalin, miles de integrantes del ejército de Polonia habían sido internados en campos soviéticos. Griazovets, antiguo centro de peregrinaciones religiosas, era el segundo campo de prisioneros por el que Czapski pasaba. Del anterior habían sido deportados en dirección desconocida aquellos que se atrevieron a animar unas conferencias. En cambio, las autoridades de Griazovets permitieron a Czapski hablar de Proust siempre que respetase la censura.

La mayor parte de aquellos hombres iba a ser ajusticiada secretamente en Katyn. Luego de la Operación Barbarroja y del rompimiento del pacto germano-soviético, Moscú consideró a Polonia su aliada, y a Czapski le tocó investigar el destino de sus compatriotas desaparecidos, a quienes todavía no daban por muertos. Recorrió en esas gestiones los peores laberintos: fue recibido por el general Zhúkov, se entrevistó con el segundo de Lavrenti Beria, visitó la Lubianka. Hizo también pesquisas en busca de obras de Vasili Rozanov. Pero los libreros moscovitas evitaron escuchar el nombre del autor censurado. Y, con tal de esconder el asesinato masivo de oficiales polacos, las autoridades políticas pretextaron la deportación de aquellos hombres a Siberia: prefirieron tapar el horror de Katyn con el horror del Gulag.

Entretanto, el ejército polaco se rehacía y esperaba en territorio de la URSS su oportunidad de entrar en combate. Józef Czapski fue nombrado jefe del servicio de propaganda y de información. Tuvo a su cargo la vida cultural de los campamentos y las relaciones con las autoridades soviéticas. Les faltaban logística y armamento, les sobraban motivos de sospecha contra sus anfitriones, antes carceleros.

Por órdenes de Moscú fueron desplazados al Turquestán, quedaron expuestos al corte de provisiones y a las epidemias. Después de muchas gestiones, consiguieron cruzar a Irán y salir de la tutela soviética. En busca de libertad y de combates atravesaron Iraq, Palestina y Egipto. Czapski narró esta odisea (junto a la de su búsqueda de los caídos en Katyn) en un libro excelente: *En tierra inhumana* (Acantilado, 2008). El ejército polaco cruza en esas páginas las estepas que cruzaron antes, en *La hija del capitán* de Pushkin, los sublevados de Pugachov. Atraviesa las tierras de fuga de los calmucos en *La rebelión de los tártaros* de Thomas De Quincey.

Józef Czapski alcanzó a combatir en Montecassino a las órdenes del general Anders, y tuvo suerte de que el populoso cementerio polaco emplazado allí no incluyera su lápida. Terminada la guerra, se instaló con su hermana en las cercanías de París. Participó en la fundación de la revista *Kultura*, volvió a pintar, publicó varios libros, soportó el ataque de los comunistas polacos.

Gallimard editó en 1964 un tomo de escritos de Rozanov con prólogo suyo. Diez de sus lienzos fueron exhibidos en la Bienal de París de 1985. Ocho años más tarde, murió.

En el invierno en que hablara de Proust tenía 44 años. Retratos de Marx, Engels y Lenin gobernaban las

056-065-Libros España.indd 64 20/11/12 23:29